

desconfía siempre del abate Bossuet y toma contra él sus precauciones. Al enviarle una copia de la carta latina de Bossuet al papa Inocencio XI sobre la educacion del Delfin, dice :

« Con tales gentes conviene hacer el Gascon. Veremos cómo recibe esto nuestro abate ; quiero que conozca que necesita de mí »

Por lo demas, Le Dieu es un hombre feliz á su manera ; se arregla para vivir en Meaux, donde compra una casa. Por cierto que la compra ocultando su nombre y dando el del canónigo Blouin. Cuando el hecho se hizo público se despertaron los celos y las envidias, pues la casa en cuestion era « la más nueva y la mejor del claustro. »

Le Dieu nos explica de qué modo se resfrió en un viaje y todos los dias nos cuenta cómo sigue su catarro. Más adelante comenzó á sufrir de un tumor en el pié izquierdo ; poco despues se le hinchó el derecho ; desde entónces no se encuentran en el Diario más que detalles sobre sus males de piés. Refiere diariamente los platos que comia, y hasta leemos : « He dormido bien toda la noche con un ligero sudor y sin repetir el guisado de carnero ». La historia, en fin, posee nota de las cataplasmas del tal cura hasta fines de 1713.

Así se nos muestra en la plenitud de su vulgaridad el que pasaba hasta ahora por hombre consagrado á la memoria del gran Bossuet. No sentimos lo que él pierde, sino el peligro de que leyendo mal ó identificándose el lector con las trivialidades que eran naturalmente pasto de su espíritu, se amengüe la grandeza del obispo que, no nos cansaremos de repetirlo, sólo le concedió una confianza limitada.

¡ Señores eruditos, registradores de archivos, intérpretes de pergaminos!... Os estimo y os venero por vuestra ciencia y laboriosidad cuando trascribís auténticos documentos de la edad média. ¡ Pero cuánto mal hacéis propagando el culto de los papeles viejos relativos á la literatura moderna ! Todo se imprime ; ya no hay discernimiento en la eleccion.

Lunes, 30 de Marzo de 1837.

## ALFREDO DE MUSSET

### I

Se anuncia la publicacion de una coleccion de poesías de Alfredo de Musset, escritas de 1840 á 1849. La anterior coleccion, á la que debe el autor su merecida fama, comprendia las poesías escritas ántes del año 1840 (1). Desde entónces ha publicado de Musset várias composiciones líricas (sonetos, canciones, epístolas, etc.) en la *Revue des Deux Mondes* y en otras partes : estas son las que ahora se han coleccionado, agregando otras inéditas. Esta nueva coleccion me facilita un pretexto, del que despues de todo no tendria necesidad, para hablar de Alfredo de Musset y para apreciar en sus rasgos generales, en conjunto y no en detalle, el carácter de su talento, el lugar que ocupa en nuestra poesía y la influencia que ha ejercido en ella.

Hace diez años próximamente, escribía M. de Musset á M. de Lamartine una *carta* en verso, en la cual se dirigia por primera vez al príncipe de los poetas contemporáneos haciéndole á su vez una de esas declaraciones públicas, directas, que el cantor de Elvira estaba acostumbrado á recibir de todo el que entraba en la carrera. M. de Musset, faltando á la etiqueta establecida, tardó más que los otros en hacerla. El poeta de *Namouna* y de *Rolla* le decia en hermosísimos versos que despues de haber creído dudar, despues de haber negado y blasfemado, se sentía iluminado por súbito resplandor :

(1) Este primer artículo sobre Alfredo de Musset fué publicado en Enero de 1830.

Poeta, yo te escribo para decirte que amo,  
Que un rayo de la luz baja hasta mí... (1).

En medio de su inspiración y de su angustia, un sentimiento de elevación, una idea de inmortalidad, decía, se había despertado en su alma; los *ángeles del dolor* le habían hablado y él había pensado naturalmente en el primero que había abierto en nuestra poesía estas sagradas fuentes de inspiración. Alfredo de Musset recuerda á este propósito los versos que el joven Alfonso de Lamartine había dirigido á lord Byron cuando este se preparaba á partir para Grecia y, sin aspirar á una comparación ambiciosa, le pide que acoja esta ofrenda como la suya fué recibida por el *gran Byron*.

Un periódico acaba de publicar la respuesta en verso que dió M. de Lamartine á M. de Musset, respuesta que data de 1840 y que, publicada ahora, tiene apariencias de injusticia; M. de Musset no es ya el humilde principiante que juzgó M. de Lamartine. Es evidente que este último tomó demasiado á la letra la modestia de M. de Musset; había olvidado sin duda que ya en aquella fecha (1840), este *niño de cabellos rubios*, este *jóven de corazón de cera*, como él le llama, había escrito la *Noche de Mayo* y la *Noche de Octubre*, composiciones que vivirán tanto tiempo como *El Lago*, que son tan ardientes, que son casi tan puras como esta celebrada poesía.

El primer juicio de Lamartine en poesía es muy superficial; recuerdo sus primeras impresiones sobre Petrarca y sobre Andrés Chénier. Al juzgar á de Musset, no ve más que al Musset de las canciones de la *Marquesa* y de la *Andaluza*. Le dice cosas de esas que son gratas cuando las dice otro y no uno mismo. En las *Confesiones de un hijo del siglo* y en otras muchas partes, había hecho de Musset declaraciones que la poesía en nuestro siglo autoriza y aún hace gala de ellas. M. de Lamartine se las recuerda para darle una lección y acaba insensiblemente presentándose por modelo él mismo. Á esto se expone el que presenta sus homenajes á los ilustres cuyas huellas se siguen. El mismo Lamartine no había sido tan bien acogido por lord Byron, como parece

(1) Poète, je t'écris pour te dire que j'aime,  
Qu'un rayon de soleil est tombé jusqu'à moi,  
Et qu'en un jour de deuil et de douleur suprême,  
Les pleurs que je versais m'ont fait penser à toi.

creer Alfredo de Musset: Byron, en sus *Memorias*, no habla de la bella epístola *sobre el Hombre*, de las primeras *Meditaciones*, sino muy á la ligera y como de la obra de un *quidam* á quien se le había antojado compararle al demonio y llamarle *cantor infernal*. En suma, no es á los predecesores ilustres á quienes los poetas que se sienten de su misma raza deben pedir que sean atentos y justos; se hallan demasiado poseídos y están llenos de su personalidad. ¿Queréis decirme cómo hubiera recibido Byron al poeta Keats, á esa águila herida que cayó tan pronto y á quien trata siempre desde las alturas de su compasión y su desden? El mismo Chateaubriand que sabía cubrir las apariencias, ¿no juzgó al principio á Lamartine poeta, como á un hombre de talento y melodía capaz de tener éxito en los salones y entre las mujeres? Poetas, id sin vacilar al público para conseguir el título que ambicionéis, á la juventud, á los jóvenes de ayer y hombres maduros de hoy, á los que os lean, y os canten, y os vuelvan á leer. Entre ellos podéis crearos amigos fieles, sinceros, que os amen por vuestros méritos, ó por vuestros defectos, que no os admiren por seguir la moda, y que cuando esta pase os defiendan contra la moda que surja.

Alfredo de Musset no tenía veinte años cuando *debutó* y desde entonces quiso marcar ruidosamente su separación de los poetas de fama. Para que no hubiese duda, se creó un estilo, se puso un antifaz, disfrazándose desde el primer día á la española y á la italiana cuando aún no había visto España ni Italia; de aquí resultaron inconvenientes que subsisten. Estoy seguro de que, dotado como estaba de una fuerza original y un genio propio, empezando sencillamente y sin afán de singularizarse, habría llegado igualmente á distinguirse entre todos los poetas cuyo parentesco rechazaba, cuyo carácter sentimental y melancólico, solemne y grave, difería del suyo. Él tenía el humorismo que no tenían los demás y una verdadera inspiración que rara vez poseían.

Sus primeros ensayos casi infantiles fueron brillantes y hechos con *insolencia de verba* (como dice Regnier), con una audacia más que viril, con un desenfado de paje. Su primera forma, en la cual se puede seguir la pista de las afectaciones y la traza de las reminiscencias, se corona por dos poemas (si así pueden llamarse) que son dos maravillosas divagaciones: *Namouna* y *Rolla*. En ambas piezas, con el pretexto de contar una historia que olvida sin cesar, el poeta exhala

todas sus fantasías y todos sus ensueños. Hay allí rasgos de ingenio, crudeces y desnudeces, lirismo y gracia en adorable conjunto, la más alta poesía á propósito de una insignificancia, alardes de desenfreno y vicio frente al ideal y, de repente, algun manojito de lilas que vuelven á dar frescura; todo esto se mezcla y armoniza de la manera más sorprendente, más extraña, más inusitada que se habia visto hasta entónces en la poesía francesa. Se puede decir que Alfredo de Musset está todo entero en los versos de *Namouna*, con sus deméritos y sus bellezas. Pero estas son tan grandes y de tal órden que compensan lo demas.

Escribia lord Byron á su editor Murray: « Me dice usted que es muy bella una mitad del « Don Juan », y se equivoca usted; si eso fuera verdad, sería el mejor poema que existiera. ¿ Dónde está la poesía de la que toda una mitad sea buena? » Byron tiene razon hablando así de sí mismo y de los suyos; pero lo hace pensando en la escuela de Virgilio, del que queria quemar su poema porque no le encontraba perfecto en absoluto. Fué el mismo Byron quien dijo: « Yo soy como el tigre (en poesía), pues, si no hago presa á la primera embestida, me vuelvo á mi antro. » Nuestros poetas franceses modernos, en general, Béranger aparte, no han querido hacer otra poesía que la del primer salto; lo que no han logrado como el tigre al primer salto, no lo han hecho nunca.

Estoy, pues, facultado para decir que en los poemas de *Rolla* y de *Namouna* hay más de una mitad que no responde á lo otra; invocando la autoridad de Byron, puedo decirlo á mis anchas y sin ningun escrúpulo. En *Namouna*, la parte bellísima, aquella en que el poeta se declara en todo su vigor, es el canto segundo. En él es donde Musset desarrolla su teoría del *Don Juan* y presenta en oposicion las dos especies de *maulas* que comparten, segun él, toda la escena del mundo: el calavera sin corazon, taimado, sin ideal, todo vanidad, todo egoísmo, disfrutando apénas de los goces, no pensando más que en inspirar amor sin sentirlo á su vez, *Lovelace*; y el otro tipo de calavera, amable y amante, casi cándido, pasando por todas las inconstancias para llegar á un ideal que le huye, creyendo amar de véras, engañándose á sí mismo cuando ya no ama. Este es segun de Musset el Don Juan verdadero y el poético. Alfredo de Musset lo pinta con los colores más

frescos y encantados, con colores que recuerdan (¡ Dios me perdone!) los colores de la paleta de Milton pintando su pareja feliz en el Eden. Nos le presenta jóven y hermoso, de edad de veinte años, sentado en la pradera junto á su amada dormida y protegiendo su sueño como el ángel de la guarda. Desde el punto de vista poético no hay nada que pedirle; no hay nada más hermoso, nada mejor acabado. Sin embargo, el poeta se esfuerza inútilmente queriendo componer y presentar un don Juan único, vivo y contradictorio, casi inocente en sus crímenes; ese *candido corruptor* no existe. El poeta no ha conseguido otra cosa que evocar una abstraccion imposible y revestirla un momento con sus mágicos primores. Tales virtudes y tales vicios, de tal modo combinados y puestos en contraste en un mismo ser, pueden escribirse y mucho mejor cantarse; pero no son verdad, natural y humanamente. Y además, ¿ á qué ponernos en la alternativa de escoger entre ambos tipos? ¿ Es que la poesía no existiría si no hubiese calaveras de ninguna clase? En el grupo sagrado de los Campos Elíseos de Virgilio, donde figuran los más grandes entre los mortales, hay puesto en primera línea para los poetas piadosos, esto es, plenamente humanos y que han interpretado con emocion y ternura los acentos de la naturaleza:

Quique pii vates et Phœbo digna locuti.

¡ Cuánto distan de acercarse tales refinamientos á pensamientos tan sanos y tan altos!

He hecho mis reservas. Ahora diré que hay en *Namouna* dos ó trescientos versos incomparables. Haced el incrédulo, ponedlo en duda, introducid el escarpelo de acerada crítica; sin duda encontraréis alguna falta, alguna desafinacion; pero si tenéis el verdadero sentimiento poético, si sois sinceros, reconoceréis que el estro es poderoso; el dios, decid el demonio si queréis, ha pasado por allí.

La juventud, que en esta materia no se engaña, lo sintió, lo comprendió desde luégo. Cuando estos poemas de *Namouna* y *Rolla* no se habian coleccionado en un libro y sólo habian sido publicados en revistas periódicas, los estudiantes de medicina y de derecho se los sabian de memoria y se los recitaban á todos sus amigos. Más de uno recuerda todavía el principio espléndido de *Rolla*, aquel apóstrofe al Cristo, el apóstrofe á Voltaire (pues hay muchos apóstrofes) y, sobre todo, el

delicioso sueño de la niña de quince años. Hablo de la juventud de hace un decenio. Entónces se recitaban enteros estos poemas nuevos; ahora es posible que se escoja.

Después de *Namouna* y *Rolla* le faltaba á Alfredo de Musset realizar un progreso. Ya había llegado en el esfuerzo y en el presentimiento de la pasión tan léjos como podía llegarse sin que le hubiera afectado la pasión misma. Pero á fuerza de invocarla, de hablar de ella, de imponerse sus deseos y tormentos, al cabo iba á venir. Á pesar de sus ultrajes y de sus blasfemias, su corazón era digno de sentirla. El que había estigmatizado en estrofas ardientes al odioso Lovelace, podía alardear de calavera; más era en el fondo un corazón honrado. Porque, notadlo bien, en el autor de *Namouna*, la fatuidad (si así me atrevo á llamarla) está en la superficie: se libra de ella cuando se enciende la llama de su poesía.

Llegó, pues, un día en que Alfredo de Musset amó. Demasiado lo ha dicho y repetido en sus versos, tuvo su pasión sobrada publicidad, lo han proclamado ambas partes con bastante exceso y en todos los tonos, para que yo no tenga el derecho de consignarlo aquí en sencilla prosa. Por otra parte, no fué deshonra jamás para ninguna mujer el haber sido amada y cantada por un gran poeta, aunque este al cabo parezca maldecirla. Esta misma maldición es un postrer homenaje. Un confidente avisado pudiera muy bien decirle: « ¡ Todavía la amas! »

Este amor fué el gran acontecimiento de la vida de Alfredo de Musset; hablo de su vida poética. Su talento se purificó, se ennoblecó en él; pareció como que el fuego sagrado había consumido toda impura aligación. En las poesías que le inspiró su amor apasionado, casi todos sus defectos desaparecieron; sus bellezas, ántes esparcidas, se juntan, se agrupan en una viril y dolorosa armonía. Las cuatro composiciones de Alfredo de Musset intituladas *Noches*, son pequeños poemas compuestos y meditados y la más alta expresión de su talento lírico. La *Noche de Mayo* y la de *Octubre* son las primeras por la inspiración inagotable, por la expresión poética de la pasión áspera y desnuda. Pero las dos *Noches de Agosto* y de *Diciembre* son también deliciosas, la de Agosto por el movimiento y por el sentimiento, la de Diciembre por el corte y por la gracia. Las cuatro reunidas forman una obra animada por un sentimiento, obra que tiene admirables armonías.

He tenido el capricho de releer al mismo tiempo que estas poesías, las dos más célebres de la juventud de Milton, el *Allegro* y el *Penseroso*, la última particularmente. Pero en estas dos composiciones de suprema y un poco fría belleza, el poeta no tiene en sí la pasión; espera los impulsos exteriores, recibe sucesivamente sus impresiones de la naturaleza, poniendo solamente por su parte una disposición grave, noble, sensible, pero sosegada. El *Penseroso* es la obra maestra del poema contemplativo; se asemeja á un magnífico oratorio en el que la oración sube por grados y con lentitud hácia el Eterno. Las diferencias con el punto que trato son demasiado visibles; pero yo no pretendo establecer una comparación. No saquemos de su esfera los nombres augustos. En Milton lo que es bueno es siempre inmejorable; adviértese en él una costumbre de vivir en regiones elevadas ó de volar en ellas. Sin embargo, en las *Noches* de Alfredo de Musset, más terrestres pero también más humanas, brotan de dentro los raudales de la inspiración, la luz que ilumina, el ambiente que embalsama. El encanto consiste, sobre todo, en la alianza fecunda de impresiones nacidas en dos distintas fuentes, en la alianza de un dolor profundo y de un alma abierta á las grandes emociones. Nuestro poeta, herido en el corazón, exhalando gemidos verdaderos, tiene acentos de juventud y primaverales embriagueces. Parece más sensible que ántes á las innumerables bellezas de los mundos, al verdor de los campos, á las flores que esmaltan los jardines, á los rayos de la aurora y al canto de las aves. Lleva tan fresco como á los quince años su oloroso ramo de violetas.

¿Qué sobrevivirá de los poetas del siglo? Temerario será quien intente repartir los lotes anticipando el juicio de la posteridad. Pero el tiempo marcha muy de prisa, hoy más de prisa que nunca, tanto que casi podemos apreciar sus efectos en las diversas obras que al nacer nos parecen igualmente vivas. Tomad entre esas obras las más calurosamente saludadas y aplaudidas; ¡ cuántas han muerto! ¡ cuántos colores han palidecido y han pasado! Uno de los poetas de quienes más quedará, Béranger, me decía en una ocasión: « Vosotros habéis empezado todos demasiado jóvenes y ántes de la madurez. » Es muy fácil decirlo. No tiene todo el mundo la ventaja de encontrar en su camino obstáculos que le retarden y que le contengan hasta el momento preciso en que se puede ya mostrar el fruto conservando

todavía la flor. Béranger (él ó su hada) ha tenido el ingenio de dejar pasar la poesía del imperio ántes de dar al viento sus primeras notas; si hubiera podido calcular su vida, no lo habria hecho mejor. Los otros, más tarde ó más temprano, todos muy jóvenes, algunos casi niños, han entrado en liza prematuramente. No es aventurada la afirmacion de que este concurso de talentos ha dado por resultado una riquísima poesía lírica, tan rica que Francia no la habia tenido ni sospechado nunca, pero á la par que rica vária y desigual. Los poetas en su mayoría se han entregado sin freno á todos los instintos de su naturaleza, y tambien á todas las pretensiones de su orgullo y á todas las tonterías de su vanidad. Han brotado confundidos, en completa libertad, desenfrenadamente, los méritos y defectos de todos y cada uno. La posteridad tendrá que hacer el análisis y la eleccion.

Pero ya se está haciendo. ¿Cuáles son las poesías compuestas de 1819 á 1830 que puedan leerse hoy con emocion ó con gusto? Sólo planteo la cuestion sin tratar de resolverla. ¡Poetas de estos tiempos! Sois tres ó cuatro á disputaros el cetro que cada uno piensa poseer. ¿Quién sabe á cuál darán la preferencia nuestros hijos? Habéis tenido en verdad ciertos acentos que llegarán á la posteridad: esa es vuestra dicha. Fuera de esos acentos, lo demas será cubierto por generoso olvido. De los poetas contemporáneos no subsistirá nada completo. Alfredo de Musset no será una excepcion, participará de este destino comun y puede ser que no deba quejarse, pues él tambien deja acentos que irán tanto más léjos cuanto más solos vayan y que penetrarán tanto mejor en el hondo porvenir si van sin mezcla ni acompañamiento. Dichos acentos son los de la pasion pura y se encuentran en particular en sus inspiradas *Noches*.

Existe ahora una escuela (llamémosla así) que ha dado en imitar á Alfredo de Musset. ¿Y qué es lo que ha imitado? Lo que toman siempre los imitadores, la forma, la superficie, el tono ligero, la apariencia pretenciosa, los defectos rimbombantes y todas esas cosas que, al ménos en él, se presentan con cierta desenvoltura y gracia y que ellos se han puesto á copiar religiosamente. Han copiado su vocabulario de nombres galantes, *Manon*, *Ninon*, *Marion*, y el tipo de sus loretas y de sus marquesas. Se han apropiado el género

y el corte; pero la llama, la pasion, la elevacion y el lirismo, eso no se lo han tomado. La empresa hubiera sido sobradamente ardua.

El público frances no deja de ser á veces bastante singular en sus juicios sobre la poesía. Ya he dicho algo de los jóvenes que fueron los primeros admiradores francos y sinceros de Alfredo de Musset, y mucho podria decir de las personas clásicas, de los entusiastas por seguir la moda y la corriente, que admiraban hace veinte años los versos alejandrinos por creerlos hechos en moldes racinianos, y se exaltan hoy por las más insignificantes bagatelas de nuestro poeta, lo mismo que por lo bueno, por lo brillante, por lo mejor que ha hecho. Esta popularidad de Alfredo de Musset no ha coincidido con el momento en que alcanzaba su mayor altura; ha venido despues, pero ha venido. Hoy es el poeta favorito, no ya en las aulas frecuentadas por la juventud, sino en los gabinetes de las damas. Todavía las madres no aconsejan á sus hijas la lectura de Alfredo de Musset, pero ya los maridos la consienten á sus mujeres desde los primeros años de consorcio. Cuando se tiene poca edad se empieza el estudio de la poesía moderna por Alfredo de Musset. Todo esto es divertido para el observador y grato para el poeta. Pero que este se apresure á gozar del triunfo y que no se fie.

Los versos líricos de Alfredo de Musset posteriores á sus *Noches* y que ahora se han coleccionado, presentan algunas cosas de indisputable mérito. Distingo entre ellas y me parecen dignas de notars e una *Tarde perdida*, en la que logra enlazar graciosamente un motivo de Andrés Chénier con un pensamiento de Molière; una sátira *Sobre la Pereza*, inspirada por una lectura de Regnier; un lindo cuento, *Simona*, que tiene algo de Bocacio y de La Fontaine; pero sobre todo, un preciosísimo *Recuerdo* lleno de encanto y rebosando todavía pasion, en el cual no se inspiró más que en sí mismo. El poeta recorre ciertos lugares testigos de sus amores, una selva en la que habia pasado horas felices. Sus amigos, temiendo el despertar de sus recuerdos, se oponian á que emprendiera la peregrinacion. No hay dolor más agudo, ha dicho Dante, que recordar los dias felices cuando se está en la desgracia. Pero Alfredo de Musset experimentó justamente lo contrario, y la memoria de sus pasadas dichas que sus amigos habian temido por él y que temiera él mismo, nos dice en her-

mosos versos que le pareció consoladora y dulce (1). Toda esta poesía es admirable de forma y de sentimiento.

El gusto de Alfredo de Musset ha llegado ya á su madurez, y sería conveniente que su talento sólo sirviera á su gusto, que el poeta no se permitiera reincidir en sus debilidades. Despues de tantos ensayos, de tantas experiencias en todos sentidos; despues de haber intentado amar tantas cosas á la vez para saber cuál es la única que en grado superlativo merece ser amada, es decir, la verdad sencilla á la par que revestida de belleza, no es de extrañar que en el momento de dar con ella, en el instante de reconocerla, se encuentre el poeta en su presencia menos vivo y más gastado que en presencia de los falsos ídolos. Sin embargo, en Alfredo de Musset el genio ha tenido sus renacimientos, surtidores juveniles cuyo secreto conoce y que no se han agotado aún. Hace algunos años que su talento se produce en una forma nueva y que ha triunfado de una prueba aventurada y difícil. Sus delicados esbozos, los graciosos proverbios que él no habia escrito para la escena, son en realidad pequeñas comedias que se han levantado, que han surgido y se mueven delante de nosotros. El éxito de su *Capricho* hace honor al público, no vacilo en afirmarlo, y demuestra que hay todavía emocion literaria delicada para quien acierta á despertarla. Alfredo de Musset ha visto crecer como por arte de magia el círculo de sus admiradores. Muchos ingenios que jamas habrian tenido la idea de ir á buscarlo por su talento lírico, han aprendido á saborearlo bajo su nueva forma fácil y ligera. Ha conquistado más que nunca el sufragio de las mujeres jóvenes, el

(1) Dante, pourquoi dis-tu qu'il n'est pire misère  
Qu'un souvenir heureux dans les jours de douleur?  
Quel chagrin t'a dicté cette parole amère,  
Cette offense au malheur?

En est-il donc moins vrai que la lumière existe,  
Et faut-il l'oublier du moment qu'il fait nuit?  
Est-ce bien toi, grande âme immortellement triste,  
Est-ce toi qui l'as dit?

Non, par ce pur flambeau dont la splendeur m'éclaire,  
Ce blasphème vanté ne vient pas de ton cœur:  
Un souvenir heureux est peut-être sur terre  
Plus vrai que le bonheur.

aplauso de las personas de mundo, encolerizando á los críticos groseros y grotescos: todo le ha favorecido.

No quiero decir con esto que yo me entusiasme con *Louison*. Alfredo de Musset, como poeta dramático, tiene todavía mucho que hacer. En el teatro no basta una situación feliz ni un diálogo perfecto; se necesita inventiva, fecundidad, desarrollo, accion sobre todo, para consumir, como se ha dicho, esta *obra del demonio*.

Pero es tiempo de acabar; y sin pedir demasiado, sin esmerarme más que el mismo Alfredo, terminaré con un verso suyo más fuerte que una serie de razones:

*Que dis-je? tel qu'il est, le monde l'aime encore.*

## II

Cada generacion, como un ejército, se halla obligada á enterrar sus muertos y tiene el deber de hacerles los últimos honores (1). Injusto sería que desapareciera el inspirado poeta que acaba de morir, sin recibir el adios de un antiguo amigo y testigo de sus primeros pasos. Entre tanto como se ha dicho y se dirá sobre su talento, no huelgan las palabras sentidas y verdaderas que la amistad le tributa. ¡Nos era tan conocida, nos era tan querida, habia penetrado tan hondamente en nuestro corazon la musa de Alfredo de Musset!

Hace veinte y nueve años, y me parece que le estoy viendo hacer su entrada en el mundo de las letras; empezó en el círculo íntimo de Victor Hugo, en el de Alfredo de Vigny, en el de los hermanos Deschamps. ¡Qué comienzo! ¡Desde los primeros versos que recitó, su *Andaluza*, su *Juana*, su *Don Paez*, los oyentes encantados iban de sorpresa en sorpresa. Era una primavera, toda una primavera poética que florecia delante de nosotros. El poeta no habia cumplido diez y ocho años; su frente varonil, las tersas mejillas que conservaban las rosas de la infancia, su nariz dilatada á impulsos del deseo, daban

(1) Este segundo artículo fué publicado despues de la muerte de Alfredo de Musset, el 11 de Mayo de 1853.